

¿QUÉ ESTÁ PASANDO?

ÁNGEL MENDUIÑA
IRIBARREN



Ángel Menduiña Iribarren

¿QUÉ ESTÁ PASANDO?



La procesión

“Fue lluvioso aquel Jueves Santo de 2006. Lo recuerdo con toda claridad. Serían las ocho de la tarde cuando me encontraba frente al televisor viendo la retransmisión de la Procesión de la Luz, que en definitiva no se llegó a iniciar a causa del mal tiempo.

Los reporteros entrevistaban a los resignados cofrades, que deberían aguardar un año más para poder procesar por las calles de su ciudad con las veneradas imágenes.

De pronto, de una manera tan súbita como fugaz, apareció ella cruzando por delante de los miembros de la cofradía. Con un abrigo oscuro y un pañuelo negro cubriéndole la cabeza. La escena apenas se mantuvo unos segundos en pantalla, pero fueron más que suficientes para percatarme del hecho. Di un respingo en el asiento. Aquello no podía ser cierto; sin embargo, estaba convencido de que no se trataba de ninguna alucinación. Pero ¿quién iba a creerme? En aquella anciana enlutada que cabizbaja había cruzado velozmente entre las personas que se aglutinaban bajo la pertinaz lluvia, había reconocido a mi difunta esposa fallecida dos años antes.

Ni mis hijos ni mis amigos más íntimos concedieron credibilidad alguna a mi historia, aduciendo que lo que ocurría era que aún no había superado la muerte de Blanca. Y yo, que ante eso no podía quedarme impasible, sin hacer nada, me vi en la obligación de emprender los pasos necesarios que me posibilitaran resolver aquel extraño misterio.

Establecí contacto con la sede de la televisión local con el objetivo de conseguir el video de la retransmisión. Al principio se mostraron un tanto esquivos a esta solicitud, pero debido a mi insistencia, y tras poder explicarme en una entrevista con la persona adecuada, pude obtener una copia en la que se reflejaban todos los acontecimientos ocurridos durante la procesión.

Con esta prueba gráfica que yo creía irrefutable logré al menos que mis familiares y allegados no me tomasen por un loco, pues unánimemente tuvieron que reconocer el extraordinario parecido existente entre aquella mujer y la que un día fue mi esposa Blanca, aunque para ellos todo quedó reducido a eso, a un curioso y extraordinario parecido.

Yo no quedé en absoluto satisfecho con esa explicación, por lo que continué indagando por mi

cuenta. Mostré la fotografía a las personas que pudieron haber tropezado con ella aquel día. Hablé con periodistas, reporteros gráficos, religiosos y cofrades afines a la parroquia, pero nadie recordaba haberla visto ni sabía de su identidad.

Decidí dar un paso más, y coloqué fotografías con su imagen por la zona, además de en prensa. Estaba convencido de que una señora de su edad no podía residir muy lejos de donde se habían desarrollado los hechos. Me resultaba imposible creer que nadie en la ciudad supiera de ella.

Visité comercios, centros de salud y hablé con decenas de vecinos de los alrededores; pero todos mis intentos resultaron vanos, y las únicas llamadas que recibí resultaron ser de personas que, aun habiendo conocido a Blanca en vida, ignoraban su fallecimiento, y contactaban conmigo al creer haberla reconocido en la instantánea.

Esto reforzaba aún más mis convicciones de que aquella anciana era mi mujer, lo cual exasperaba más y más a mis hijos, que desde su mente lógica opinaban que me estaba obsesionando de una forma enfermiza con tan absurda idea. Pero por más que intentaron disuadirme, no lograron que se me quitara de la cabeza

ni por un solo instante el propósito de intentar localizarla.

No es que dudara en absoluto de su fallecimiento, pues yo mismo la había contemplado inerte en el interior de su ataúd y fui testigo, roto de dolor, de su sepelio”.

—¿Pero por qué sonrío de esa manera? ¿Acaso usted tampoco me cree?

—Por supuesto que sí, don Esteban. Pero fíjese la hora que es. Van a dar las nueve y todos sus compañeros están ya descansando. Tómese la medicación y métase en la cama. Mañana continuará con su relato.

—¡No quiero medicación! ¡No estoy loco y no la necesito! ¡Déjeme! ¡Tengo que seguir buscando a Blanca antes de que sea demasiado tarde!

—Sea usted bueno y no me haga enfadar. De lo contrario me veré obligada a llamar a los enfermeros para que le sujeten a la cama. Le prometo que mañana saldremos los dos en busca de su esposa.

Esteban fingió rendirse para evitar la intervención de aquellos dos hombretones de aspecto desagradable que acabarían por reducirle sin contemplaciones, impidiendo que esa noche escapara de nuevo de la institución psiquiátrica en donde le

habían confinado, para continuar con la búsqueda de su mujer. Ahora tenía una pista definitiva. Pero no la pensaba compartir con nadie; porque él no estaba loco.

EL túnel

La mañana era fría y oscura como correspondía a un día de principios de invierno. Los pasajeros, en su mayoría conocidos por ser habituales de ese trayecto, subieron al tren, que rápidamente cerró sus puertas automáticas tras las señales sonoras de alerta, e inició su marcha lenta pero progresiva.

A los pocos segundos se introdujo en el túnel que les conduciría a la siguiente estación tras cuatro minutos de recorrido subterráneo. Un par de voces conseguían imponerse a duras penas sobre el silencio general. Algunos pasajeros leían la prensa y otros, con sus miradas perdidas, permanecían sumergidos en sus propios pensamientos.

Todo parecía acontecer por los cauces de la normalidad, hasta que un hombre de unos sesenta años con el pelo blanco y envuelto en un grueso abrigo gris dio el primer aviso a su compañero de asiento:

—¿No le parece que estamos tardando demasiado en salir del túnel?

Un joven que escuchó el comentario desde unos asientos más atrás, mostrando cierto grado de nerviosismo, intervino:

—¡Pues no vamos más despacio que otras veces!

Media docena de adolescentes situados al otro extremo del vagón bromeaban tratando de disimular su preocupación.

—¡Si no salimos del túnel, nos libramos de ir al instituto!

En ese momento, una joven que se encontraba de pie agarrada a una barra del pasillo comenzó a gritar de forma histérica:

—¿¡Qué está pasando, Dios mío!? ¿¡Qué está pasando!?

—¡Santo Cielo! —interrumpió otro viajero—.

¡Llevamos casi ocho minutos de trayecto! ¡Esto no puede estar ocurriendo!

Algunos pasajeros comenzaron a dirigirse a los vagones de cabeza para tratar de alcanzar la cabina del conductor y saber qué estaba sucediendo exactamente.

En todas las unidades del convoy la incertidumbre y el pánico ya se habían apoderado de la mayoría de las personas.

Cuando los primeros viajeros alcanzaron el habitáculo del maquinista, la sorpresa fue mayúscula. Tanto este como su ayudante no daban crédito a la situación a la que se estaban enfrentando.

El tren, que circulaba a la máxima velocidad posible, se encontraba situado desde hacía ya un buen rato justo en la mitad del túnel, pero no conseguía avanzar ni un ápice hacia la boca de salida.

Era como si su longitud se fuera alargando constantemente en la misma proporción en la que el vehículo avanzaba, o como si el tiempo se hubiera estirado tanto que cada segundo fuera eterno. En cualquiera de los casos, en los relojes de los pasajeros los minutos seguían transcurriendo aparentemente con absoluta normalidad.

—¿Puede detenerlo o invertir la marcha?

—preguntó un hombre que aún parecía mantener la calma.

—No puedo —respondió el maquinista—. No funcionan ninguno de los botones de mando ni hay comunicación con la central.

—De todas formas, al ver que no salimos, alguien tendrá que venir a sacarnos —apuntó una señora alta y rubia que acababa de entrar en la cabina abriéndose paso entre las decenas de pasajeros que a estas alturas bloqueaban ya la puerta.

—No esté tan segura de eso —respondió el hombre que aún parecía mantener la calma—. Si se ha

producido una perturbación del espacio-tiempo que afecta exclusivamente al interior de este túnel, ahí fuera no tendrán la sensación de que nos retrasamos. Para lo que nosotros pueden ser cien años, para ellos serán únicamente los cuatro minutos habituales.

—Y entonces, ¿qué ocurrirá? —quiso saber el maquinista.

—Cuando el tren salga, lo hará fuera de control, pues todos nosotros estaremos ya muertos, y el suceso quedará registrado para la ciencia como otro misterio sin resolver.

—Tal vez —intervino el hombre del abrigo gris—, esta distorsión del espacio tiempo a la que se refiere se haya producido también fuera del túnel; en todas partes. Quizás, este fenómeno esté afectado a todo el planeta.

—Tal vez sí o tal vez no. Desde aquí no existe manera de saberlo. Todo son conjeturas. Lo único cierto es que no tenemos los conocimientos necesarios para explicar esta situación ni para saber si será algo transitorio o definitivo.

—Pues siendo así —concluyó la señora alta y rubia—, lo único que podemos hacer es tranquilizarnos y rezar en espera de que se produzcan nuevos

acontecimientos. Mientras tanto, no vendría mal que racionásemos los alimentos que tengamos. Solo Dios sabe cuánto durará esta situación.

La transmutación

A pesar de la fría noche de aquel mes de enero, Roberto, una vez terminada la cena, decidió salir a tomar el aire por las inmediaciones de un parque próximo a su casa. Necesitaba imperiosamente poner orden a los múltiples problemas que rondaban por su cabeza durante aquellos días.

—¡No vuelvas tarde! —fue lo último que escuchó decir a su madre antes de cerrar la puerta.

Cuando regresó serían las dos de la madrugada. Le sorprendió ver a su hermano en el pasillo con la vista medio perdida. Tenía unos ojos tan inexpresivos que daba miedo mirarlos.

—¿Qué haces aquí a estas horas? —le preguntó Roberto.

—¡Ven con nosotros! —le contestó, mientras se le acercaba en una actitud amenazante que le alarmó sobremanera.

—¡Este es imbécil! —pensó para sí mismo. Y dirigiéndose hacia la habitación de sus padres, les reclamó su atención sobre el asunto.

—¡Papá! ¡Mamá! ¡Algo le ocurre a Armando!

Salieron sus padres de la habitación, pero lejos de preocuparse por el estado de Armando, se dirigieron hacia él con idénticas formas a la de su hermano, al tiempo que le repetían:

—¡Ven con nosotros! ¡Ven con nosotros!

Corrió Roberto desfavorido escaleras abajo convencido de que algo fuera de lo normal les estaba ocurriendo a todos, y al pasar por el piso en donde residía don Andrés, íntimo amigo de la familia desde hacía ya años, comenzó a pulsar el timbre y a golpear la puerta de manera reiterada.

—¡Don Andrés! ¡Don Andrés! ¡Ábrame, por favor!

Al abrirse la puerta no dio crédito a lo que se encontró. El mal que se había cebado con toda su familia había afectado también a aquel buen hombre, pues en el mismo momento en que lo tuvo frente a él identificó en sus ojos esa inquietante mirada fría e indiferente.

El pánico se apoderó definitivamente del muchacho, que se dirigió apresuradamente hacia la calle y comenzó a correr de manera alocada, tratando de buscar ayuda, mientras se preguntaba una y otra vez:

—¿Qué está ocurriendo?

La temperatura era absolutamente congelante y las calles estaban desiertas. Le extrañó no hallar ni un solo local abierto, ni tan siquiera los que habitualmente cerraban a altas horas de la madrugada.

Intentó llamar por teléfono desde una cabina, pero le resultó imposible al carecer de línea telefónica.

A punto de derrumbarse, distinguió a lo lejos lo que parecía ser la silueta de un guardia municipal. Pudo confirmar su apreciación a medida que se acercaba.

—¡Por favor! ¡Por favor! ¡Necesito ayuda!

Pero el encuentro con el agente no supuso, ni mucho menos, el final de lo que ya se estaba convirtiendo en su peor pesadilla. En sus ojos pudo ver sin ningún tipo de dudas la consabida expresión diabólica que ya estaba cerca de hacerle enloquecer.

Se percató entonces de que se encontraba a tan solo dos manzanas de donde residía Álvaro, el compañero de infancia que jamás le había fallado. La única persona en el mundo en la que podía confiar todos sus secretos no iba a abandonarle en estos momentos de verdadera angustia.

Encontró el portal cerrado. Llamó repetidamente al timbre con pulsaciones largas y profundas. La puerta se abrió de forma repentina sin que nadie le hubiera

preguntado de quién se trataba. No encontró el ascensor en el vestíbulo, por lo que empezó a subir precipitadamente las escaleras. Por fin llegó al cuarto piso. Álvaro le aguardaba en la puerta. Se le acercó lentamente con las manos extendidas hacia su cuello.

—¡Ven con nosotros!

Aquello era demasiado. El pavor se hizo ya insoportable. Roberto rompió en llanto y corrió como nunca lo había hecho antes hacia la calle presa del pánico y de la desesperación. Pero ignoraba que las más altas cotas de horror estaban aún por llegar. En el momento en el que se disponía a salir del portal tropezó con la pertinaz actitud aterradora de su familia, que junto con don Andrés le obligaron a volver sobre sus pasos, escaleras arriba.

Roberto golpeaba desesperadamente las puertas, mientras lloraba impotente y fuera de sí.

—¡Socorro! ¡Socorro!

Pero todo resultó inútil. La gente que salía de las viviendas, cuyas puertas había aporreado con la esperanza de encontrar una salida, estaba sometida a la influencia macabra de aquella inexplicable metamorfosis colectiva. No existía ni una sola persona en toda la ciudad dispuesta a ayudarle.

Una vez lo tuvieron rodeado, Roberto perdió el conocimiento como consecuencia del espanto y de las agresiones sufridas por aquellos seres. Solo supo que cuando recobró la conciencia ya no era el mismo.

—¡Por fin ya estás con nosotros!

La casa

Iván sintió una extraña sensación al penetrar de nuevo en el viejo caserón que tantos recuerdos de niñez le evocaba. Se veía como si fuese ayer, subiendo las escaleras a toda prisa con su hermana Miren, y a su abuela Graciela previniéndoles desde arriba de un posible accidente:

—¡Tened cuidado, niños! Hay poca luz en la escalera y los peldaños no están muy católicos — les solía advertir—. Os podéis lastimar.

Para él era algo extraordinario cada vez que sus padres le anunciaban que iban a pasar unos días a la residencia de sus abuelos en aquel remoto pueblo perdido en pleno corazón de los Pirineos.

La casa constaba de tres plantas, además de la planta baja, en donde se hallaban el granero y las cuadras. A los dos hermanos les encantaba disfrutar allí de las horas observando a los mulos o intentando atrapar a las asustadizas gallinas para poder acariciarlas, aunque solo fuera durante unos segundos. A Iván le gustaba el olor que se desprendía de la leña apilada aguardando a que llegara el invierno para ser utilizada en el encendido de la chimenea.

En el primer piso se ubicaban la cocina, el baño y el vetusto salón, en donde a falta de televisión, tantas horas de tertulia nocturna había compartido con sus familiares y allegados. En el segundo, cuatro hermosas habitaciones. Nunca consiguió olvidar la suya. Grande. Siniestra. Con aquel olor característico e indescriptible que jamás llegó a descifrar. A madera. A viejo. A humedad...

A Iván le llamaban poderosamente la atención todos los detalles que no eran como en su moderna casa de la ciudad. Aquellas inusuales palancas para abrir las ventanas. Aquellas viejas y pesadas contraventanas de madera, en lugar de persianas; pero, sobre todo, aquellas palometas que se giraban para provocar esa rúcana luz que surgía del centro del techo, en lugar de los prácticos interruptores que él conocía.

Por encima se encontraba el desván, o el sobrado, como le solían denominar sus abuelos. Uno de los lugares predilectos de los niños para pasar las largas tardes de verano, cuando las condiciones meteorológicas les impedían planificar ninguna salida por el pueblo ni por sus alrededores. Allí solían encontrar cosas inimaginables: desde ropas viejas con las que disfrazarse, hasta antiguos e insólitos juguetes

que antaño sirvieron para divertir a sus tíos, como aquel extraño artefacto en el que se subían y avanzaban dando saltos como si fuesen canguros.

Ahora, treinta años después de sus últimas vacaciones en la casa, Iván había regresado para cerciorarse de un hecho que tenía grabado en su memoria como a fuego, y que en este tiempo no había conseguido discernir si se trataba de algo real o simplemente de la viva figuración de un pequeño de tan solo ocho años.

Su madre siempre le había tranquilizado, asegurándole que todo era debido a los truculentos cuentos de fantasmas y apariciones que les gustaba escuchar de boca de su abuelo. Algo que era mejor olvidar, y a lo que no había que otorgarle ninguna credibilidad.

Pero Iván nunca se quedó satisfecho con esa explicación. Él sospechaba, intuía que se trataba de algo más. Que las visiones que él experimentó eran demasiado vivas, demasiado reales como para achacárselas exclusivamente a su fantasía.

Era cierto que las historias que les relataba su abuelo al caer la noche junto a la ventana de la cocina desde la que se podía contemplar con toda claridad el

pequeño cementerio del pueblo, no eran las más apropiadas para unos críos de su edad.

Era perfectamente plausible pensar que ese misterioso clima que con tanta maestría sabía generar el anciano, y con el que tanto disfrutaban los dos hermanos, podía haberle predispuesto a escuchar algún sonido o a intuir alguna sombra tras las cortinas en la oscuridad de aquella tétrica habitación. Pero lo que él observó y escuchó durante tantas noches era demasiado contundente, demasiado real como para atribuírselo a su imaginación. Él era solo un chiquillo de ocho años, tan sugestionable como cualquier niño de su edad, pero sabía distinguir completamente una cosa de la otra; y ahora había llegado el momento de comprobarlo.

Ya se habían cumplido treinta años desde la muerte de su abuelo. La abuela se trasladó entonces a vivir al domicilio de una hija que residía en la capital, y la casa permaneció varios años cerrada hasta su fallecimiento. Después fue vendida a un matrimonio de Madrid que la utilizó como residencia de verano; y tras la muerte de estos, fue nuevamente vendida por sus hijos y adquirida por Iván. De tal suerte que la propiedad retornaba con el paso de los años a sus dueños originarios.

Iván no dudó ni por un instante en hacerse con la casa en cuanto se enteró de su puesta en venta. Llevaba años siguiéndole la pista. Era un sentimental; y lo que encerraban aquellas cuatro paredes tenía mucho significado para él. Constituía parte de sus raíces; y él siempre había pensado que las raíces había que preservarlas a cualquier precio. Que los hombres, al igual que los árboles, no eran nada sin ellas. Su hermana no quiso acompañarle en ese propósito, pero no por eso se amilanó ni desistió del intento. Tenía la oportunidad de hacerlo, y así lo hizo.

Era la primera vez que entraba desde que la había adquirido. Había preferido mantener a su mujer al margen en esta primera visita hasta hacerse con una idea de las reformas que tendría que emprender antes de habitarla; aunque en su ánimo no estaba en realizar nada más que lo imprescindible para que se mantuviera lo más parecida posible a como él la recordaba.

Subió las escaleras lentamente hasta llegar al primer piso. Encendió las luces, e inmediatamente comenzó a evocar situaciones de su infancia. Las ventanas y los interruptores habían sido actualizados; no así las pesadas contraventanas de las habitaciones.

El salón seguía manteniendo, gracias a su vieja chimenea, el antiguo sabor de entonces, aunque ahora sí disponía de un moderno televisor. La lámpara central era nueva. Las cortinas del balcón las encontró demasiado alegres para lo que él las recordaba. Se mantenía la misma gran mesa central y los sillones.

En la cocina todos los electrodomésticos eran nuevos, aunque lo demás no había cambiado sustancialmente. Creyó reconocer la mesa y las sillas, pero no estaba del todo seguro. En general la casa se conservaba en un estado aceptable. Le alivió pensar que no tendría que afrontar demasiadas obras para poder ocuparla. Que en breve estaría disfrutándola junto con su mujer y su hijo en los periodos vacacionales.

Se preparó algo ligero para cenar y llamó por teléfono a su esposa para hacerle partícipe de la información que hasta entonces había recabado. Maite se mostró entusiasmada, pues sabía la importancia que para Iván tenía todo aquel proyecto.

Intentó ver un poco la televisión, pero al no lograr concentrarse, se retiró a su cuarto, no sin antes asomarse por la ventana de la cocina para ver una vez más el viejo cementerio. Ese en el que ahora reposaban los cuerpos de sus difuntos abuelos.

Su antigua habitación conservaba la cama y los armarios, pero la iluminación había mejorado notablemente, y esto la hacía un poco menos lúgubre.

Al introducirse en el lecho percibió durante los primeros segundos la misma sensación de frío intenso que tantas veces experimentó durante su infancia. Seguidamente apagó la luz y se dispuso a dormir.

Tardó algo más de lo normal en conciliar el sueño. La familiaridad de los olores y de la penetrante humedad, que por momentos parecía llegarle hasta los huesos, le provocaba la impresión de que tan solo había transcurrido un año desde su última visita. Que sus padres, abuelos y hermana descansaban en las habitaciones contiguas. Al fin se quedó profundamente dormido.

Serían las cuatro de la madrugada cuando se despertó súbitamente con el presentimiento de que no estaba solo en aquella estancia. De que alguien le vigilaba. De repente oyó como un gemido lejano y profundo procedente de detrás del cortinón de la ventana. Un gemido que no le era en absoluto desconocido.

—¡No puede ser verdad! —se dijo para sí mismo—. ¡Yo estaba en lo cierto!

Intentó buscar con sus manos el interruptor de la luz que tenía sobre la cabecera de su cama.

Pero no tuvo tiempo. Algo blanquecino y fluorescente se empezó a formar en el lugar del que procedía el gemido. Era algo amorfo que poco a poco aumentaba de tamaño y se le acercaba flotando en el aire sin dejar de gemir. ¡Realmente espeluznante!

Se quedó inmóvil. Paralizado por el miedo. No era capaz de gritar; y mucho menos de moverse. Además, ahora no había nadie en la casa para socorrerle ni para tranquilizarle. Estaba absolutamente solo. En ese momento se arrepintió de lo que había emprendido. Habría dado lo que fuera por haber estado lejos de allí. Durmiendo junto a su mujer.

Al fin consiguió dar un brinco, en el preciso instante en que aquella cosa se le echaba encima. Salió corriendo a oscuras, sin vestirse ni calzarse, escaleras abajo. Una vez en la puerta de entrada intentó buscar a tientas la llave que le liberara de tan escalofriante pesadilla, pero no lograba encontrarla.

La cosa bajaba las escaleras sin dejar de gemir. Se le volvía acercar de manera irremediable. Gritaba y gritaba, ahora sí, con todas sus fuerzas. Absolutamente inútil. No había nadie que le escuchara. De pronto sintió

en su nuca la fría humedad de lo que quiera que fuese aquello, y oyó más cerca que nunca ese abominable gemido en su oído izquierdo. Entonces no lo pudo resistir más y perdió el conocimiento.

Despertó cuarenta y ocho horas después en el hospital de la capital. Lo habían encontrado tirado en el suelo unos empleados municipales con los que había quedado citado a la mañana siguiente y que, extrañados por su incomparecencia, decidieron entrar en la casa a través de una ventana que hallaron abierta.

Iván recordaba muy vagamente todo lo acontecido, pero según avanzaban los días tenía un mayor convencimiento de que no había sido producto de un sueño; y mucho menos de una alucinación.

Decidió no contarlo a nadie, ni aún a su esposa, no fuese que le fueran a tomar por loco o algo similar.

Volvería a vender la casa, y tal como su madre tantas veces le había aconsejado, se olvidaría de todo y trataría de llevar una vida tranquila junto a su familia; aunque en su memoria quedaría marcado para el resto de su vida el terrorífico recuerdo de aquella forma blanquizca persiguiéndole por la vieja casona de sus difuntos abuelos, junto al cementerio de un remoto pueblo perdido en los Pirineos.

El hallazgo

La noticia causó un enorme estupor, no solo en la opinión pública, sino también en el mundo de la ciencia, la cual no podía dejar de mostrar un cierto grado de escepticismo ante aquel extraño hallazgo.

Los medios sensacionalistas fueron los que pusieron mayor atención en el acontecimiento, utilizando para ello todo tipo de calificativos. Pero ni siquiera la prensa más racional pudo evitar eludir el asunto, que en escasas horas corrió como un reguero de pólvora por todo el planeta, convirtiéndose en tema de conversación tanto en lugares de ocio como en centros de trabajo; en parques públicos como en galerías comerciales y mercados.

Una expedición de alta montaña que intentaba coronar la cumbre más alta de la tierra, encontró a pocos metros de la cima del Everest, a más de ocho mil metros de altitud, el cuerpo inerte de un hombre de mediana edad en perfecto estado de conservación.

El hecho no hubiera tenido mayor trascendencia de no haber sido porque el cadáver no parecía corresponder con el de ningún montañero profesional ni con el de ningún habitante de aquellas montañas.

Apareció vestido con una ligera indumentaria más propia de un mes primaveral en un país mediterráneo.

La difícil accesibilidad y las adversas condiciones meteorológicas reinantes convertían en misión imposible, al menos por el momento, el rescate del cuerpo, pero los miembros de la expedición pudieron recuperar la documentación del infortunado hombre, así como obtener algunas fotografías, para que no quedaran dudas sobre su identidad.

—¡Ana! ¡Pon inmediatamente la televisión!

¡Están dando una noticia rarísima, y aseguraría que se trata de tu marido! —le alertó por teléfono una amiga.

—¿De Carlos? —preguntó extrañada—. Voy enseguida a comprobarlo. Luego te llamo.

La mujer entró en un alto grado de excitación tras el aviso. Y no era para menos. Su esposo Carlos había desaparecido de una forma tan repentina como misteriosa hacía ya tres años, cuando regresaba una tarde del trabajo a casa. Sin dejar ningún tipo de rastro. Todos los esfuerzos por localizarlo resultaron infructuosos. No se encontraron ni pistas ni testigos; ni tampoco se conocían motivos por los que el hombre hubiera decidido desaparecer voluntariamente. Ahora,

cuando ya apenas le quedaban esperanzas, los informativos de todas las emisoras se hacían eco de una noticia que parecía estar relacionada con el caso.

Conectó de inmediato la televisión y rastreó precipitadamente los canales hasta que al fin detectó lo que estaba buscando. Las imágenes de aquel cuerpo yaciendo sobre la nieve no dejaban lugar a ningún tipo de dudas. Se trataba de Carlos. Pero ¿qué diablos estaba haciendo en tan recóndito lugar? Le pareció escuchar que había sido hallado a pocos metros de la cima del Everest. Aquello carecía del más mínimo de los sentidos. Su marido apenas se había interesado en su vida por el montañismo, y mucho menos aún por los deportes de riesgo.

El teléfono volvió a sonar. Lo tomó entre sus temblorosas manos presa de un ataque de nervios. Pero cuando se lo acercó a sus labios no fue capaz de articular palabra alguna. Esta vez se trataba de su hermana Asunción. También ella había estado escuchando las noticias. Ana solo pudo romper en llanto al oírla.

—¡Espérame! ¡Enseguida estoy contigo, cariño!
—trató de tranquilizarla su hermana.

Esta sucesión de idas y venidas desde el televisor hasta el teléfono le estaba incrementando sobremanera

su estado de ansiedad, por lo que decidió descolgar el aparato telefónico para poder concentrarse plenamente en la noticia; pero por desgracia el reportaje concluyó a los pocos minutos sin que le aportara más datos adicionales.

Colgó nuevamente el teléfono. Estaba ansiosa por recabar más información, pero se sentía tan aturdida que no podía pensar con claridad. Ignoraba por completo a dónde debía acudir en busca de noticias.

Justo entonces volvió a sonar el insistente timbre. Esta vez era un representante gubernamental que le llamaba para comunicarle el hecho que ya conocía, así como para confirmarle de una manera oficial la identidad del cadáver. Efectivamente, se trataba de Carlos. Concertaron una entrevista para el día siguiente en su propio domicilio; y aunque la consideraba obligada, sospechaba que de esa reunión no iba a salir ningún dato que le ayudara a despejar las múltiples incógnitas que rodeaban el misterio.

Cuando Asunción llegó a la puerta de la vivienda de su hermana, pulsó reiteradamente el timbre sin obtener ningún tipo de respuesta. Extrañada por este silencio puso en aviso a la policía, que en pocos minutos hizo acto de presencia en el lugar.

Tras forzar la puerta de la casa se introdujeron todos en el piso con el propósito de atender a la mujer, que a buen seguro se hallaría indispuesta en alguna de sus estancias, pero por más que lo registraron minuciosamente, no encontraron rastro de ella en su interior.

En los días sucesivos nada nuevo se supo de Ana. Desapareció de una manera tan enigmática como Carlos, y de la misma manera, no se hallaron ni pistas ni testigos. Pero sus familiares y amigos se mantienen expectantes ante los informativos de televisión a la espera de que su cuerpo aparezca Dios sabe dónde.

La extraña señora

Nunca antes había creído en esas cosas. Pensaba que solamente eran invenciones de la gente con el fin de buscar protagonismo o de estrategias de ciertos programas radiofónicos con el objeto de incrementar sus índices de audiencia. Pero hace unos meses, sin apenas darme cuenta, comencé a relacionar la historia que había escuchado durante una gélida madrugada a través de las ondas, con lo que me ocurrió a mí, justo en el mismo lugar, treinta años atrás.

Cuando acaecieron los hechos, apenas concedí importancia al incidente, atribuyéndolo todo a una simple anécdota protagonizada por una mujer que a buen seguro no se encontraba en sus cabales. Pero hoy tengo una visión muy distinta de todo el asunto. No pudo tratarse de una simple coincidencia. En aquel programa estaban relatando el mismo suceso, solo que con treinta años de diferencia. Evidentemente que no podían estar hablando de la misma mujer. La protagonista de mi historia debía de tener ya casi cien años; pero por otra parte podía dar fe de que no se trataba de ninguna leyenda urbana, pues yo mismo la

había vivido en propia persona. Lo recordaba muy nítidamente.

Serían sobre las ocho de la tarde de una fría y seca jornada de finales de diciembre. La noche era cerrada como correspondía a esa época del año; y la carretera que transcurría junto al cementerio, sin apenas iluminación, era escasamente transitada a esas horas. Yo corría cuesta arriba en mi sesión diaria de carrera continua, cuando cerca del alto me detuvo una extraña mujer de unos sesenta y cinco años de edad. Vestía un largo camisón blanco y mostraba una apariencia un tanto estafalaria; como si estuviese algo trastornada o confusa. Me preguntó por el barrio de San Luis, lo cual me resultó algo insólito, porque era sabido por la práctica totalidad de los habitantes de la ciudad que esa carretera que bordeaba el camposanto iba a desembocar directamente a ese barrio. Le dije que no tenía perdida. Que se limitase a seguir la vía y que en cinco minutos alcanzaría su destino.

A pocos metros de reiniciar la marcha, tras alcanzar el alto, giré 180 grados, iniciando el camino inverso. Tenía curiosidad por volverme a fijar en ella cuando la adelantase durante el trayecto de vuelta y poder confirmar las impresiones que había tenido

segundos antes. Pero la extraña señora, contra toda lógica, no se encontraba ya en ningún punto del itinerario. No tuvo tiempo de haber llegado hasta el barrio ni pasó por el lugar vehículo alguno que pudiera haberla recogido. La única explicación posible era que, desoyendo mis indicaciones, hubiera abandonado la carretera para internarse campo a través en dirección a su objetivo. Algo que suponía, sin ningún lugar a dudas, una notable imprudencia por su parte. Esto confirmaba mi teoría de que se trataba de una persona que no estaba en su sano juicio.

Pero cuando oí mi propia historia en boca del locutor de aquel programa de misterios asegurando que en los últimos años varias personas habían vivido idéntica experiencia, comencé a cuestionar mi diagnóstico sobre lo acontecido.

Este invierno he regresado al lugar de los hechos, y cada noche salgo a recorrer la carretera en la que se me apareció la extraña señora. Lo hago reiteradamente en ambos sentidos; con la esperanza de poder forzar el encuentro que me confirme lo que vengo sospechando desde que escuché aquellos testimonios radiofónicos. Aún no he tenido fortuna; pero en este preciso momento me dirijo hacia allí en busca de una nueva oportunidad,

y tengo un presentimiento que surge desde lo más hondo de mí, que me dice que hoy, por fin, todo va a ser diferente.

La fotografía

Antonio y Rosa habían sido lo que se puede considerar como un matrimonio feliz. Se casaron hace cincuenta y un años y tuvieron dos hijos, Adrián y Marian, que a su vez les habían dado tres preciosos nietos. No les faltó el trabajo mientras tuvieron edad para desarrollarlo, y la salud no les dio más sobresaltos que las pequeñas y rutinarias indisposiciones de las que nadie consigue librarse. Pero esto fue solamente hasta hace dieciocho meses, fecha en la que su hijo Adrián perdió la vida en un trágico accidente de circulación, cuando apenas contaba con cuarenta y cinco años de edad. Desde entonces se sumieron en una honda tristeza de la que ya nunca más pudieron sobreponerse.

Antonio observaba impotente a su esposa besando y hablando cada noche a la fotografía de su hijo que presidía la mesilla junto a la cama en la que dormían. Por eso no le sorprendía en absoluto verla cambiada de lugar por las mañanas cuando se despertaba. Rosa, tras desahogar sus penas en ella al final de cada jornada, la colocaría, en función del azar, en un sitio diferente al que inicialmente se encontraba.

Hacía poco que, víctima de su corazón agotado o del profundo dolor que soportaba su alma, la anciana le había dejado solo tras despedirse de él con una tierna sonrisa en el lecho de un centro sanitario. Desde ese mismo día las dos fotografías presidían la mesilla de su habitación.

Una noche, antes de acostarse, Antonio miró con una indescriptible aflicción ambas instantáneas, y emulando el hábito de su fallecida esposa, las besó tras musitar unas oraciones. Las colocó posteriormente sobre el pequeño mueble; su mujer a la izquierda, y su hijo Adrián a la derecha. Le costó un buen rato conciliar el sueño a pesar de los tranquilizantes que le había recetado su médico de cabecera. Al fin pudo quedarse dormido y mantenerse así el resto de la noche. Sonó el despertador. Eran las nueve de la mañana. Se incorporó desde la cama y comenzó a vestirse muy lentamente; como si se resistiese a enfrentarse en aquella profunda soledad a un nuevo día. Giró la cabeza inconscientemente hacia el mueble, quizás buscando el lugar de donde sacar las fuerzas necesarias para continuar viviendo. No tardó ni un segundo en percatarse. Fue de forma instantánea.

Su esposa estaba a la derecha y su hijo Adrián a la izquierda. ¿Cómo podía ser? Estaba absolutamente convencido de que era justamente al revés de como él las había colocado la víspera. Pero, por otra parte, no había nadie más en la casa que pudiera haberlas cambiado de posición. Durante la siguiente noche su corazón latía ansioso aguardando el nuevo amanecer para cerciorarse de que aquello no había sido simple consecuencia de su mente senil y cansada.

El refugio

—¡Santo Dios! ¡Qué nohecita! —fue lo primero que acertó a decir Luis al penetrar en aquella remota cabaña que les iba a servir de refugio.

Alfonso, su amigo, ya podía al fin respirar tranquilo.

—¡Menuda diferencia! ¡Es como entrar en un palacio! Tengo los dedos de los pies congelados y estoy convencido de que no hubiera podido soportar ni una sola hora más de caminata en estas condiciones.

—¡Entren y cierren la puerta! ¡Que no se vaya el calor! —les gritó un veterano y fornido montañero de poblada barba blanca que se encontraba en el interior—. ¿Pero de dónde diablos salen ustedes? Cámbiense inmediatamente de ropa y acérquense al fuego si no quieren coger una pulmonía. Les prepararé algo caliente.

Afuera, el viento, la nieve, los truenos y los relámpagos no cesaban de poner un punto de inquietud en aquella noche invernal en la montaña.

Agradecieron las atenciones con las que fueron recibidos por parte de Pablo, su anfitrión, y se retiraron pronto a descansar para así recuperar las fuerzas

necesarias y poder continuar al día siguiente su travesía.

El refugio quedó sumido en un profundo silencio solo roto por el soplido del viento y el chasquear del fuego en la chimenea. Los truenos y los relámpagos parecían haberse interrumpido, al menos momentáneamente.

A la mañana siguiente, sin embargo, la partida tuvo que ser pospuesta, ya que continuaba nevando copiosamente y el viento no había remitido.

Al atardecer, los tres hombres charlaban en torno a la chimenea.

—Os aseguro que es la última vez que vengo a la montaña en esta época. Tenía que haber hecho caso a mi mujer —confesó Alfonso.

—No seas quejica —le replicó Luis—. Así tendrás una aventura más para contar a tus nietos.

—¡Por una tormenta de nada! ¡A mí esto es lo que me va! —medió Pablo—. Me sube la adrenalina y me recarga las pilas. ¡Esto es vida! —gritó cerrando los puños con fuerza.

—¿Usted cree que durará mucho el temporal?

—preguntó Alfonso.

—¿Por qué lo dice? ¿Tiene prisa? —respondió Pablo con otra pregunta.

—¡Desde luego que sí! El lunes no puedo faltar al trabajo.

—Pues vaya olvidándose de eso. Me temo que esto va a durar bastante más.

—¡Y usted qué coño sabrá! Yo le aseguro que no pienso pasar aquí ni un solo día más. Tengo muchas obligaciones de las que no me puedo despreocupar.

—Mire y escúcheme con atención. Deje de lloriquear y hágase de una vez por todas a la idea. Ustedes no van a volver a salir nunca más de aquí.

—¿Pero qué estupidez está diciendo? Yo regresaré a mi casa en cuanto me lo proponga, y le advierto que no se le ocurra impedírmelo.

—¡Ah, sí! ¿Y se puede saber qué me va a hacer la fierecilla? Será mejor que se enteren de una jodida vez. Jamás podrán abandonar este lugar, y no porque yo lo vaya a impedir, no; sino porque ustedes, al igual que yo, no son dueños de sí mismos. Somos la creación literaria de un imbécil que disfruta con tener a sus personajes encerrados en lugares como este. Yo llevo aquí más de nueve años, pero ya me he hecho a la idea. Y les convendría también asumir esta realidad cuanto antes.

—Pero. ¿qué está diciendo este loco?

—exclamó Alfonso—. ¿Qué somos la creación literaria de quién...? ¿Qué tal si le doy una hostia, a ver si le parece de ficción

—Aún tendrá que comer muchas alubias para eso, montañerito de bajura.

—Mira, Luis, yo me largo ahora mismo de aquí. No soporto a este lunático ni cinco minutos más.

—¡Cálmate, Alfonso! Ahora no es prudente partir. Nos quedaremos esta noche y seguro que mañana la tempestad habrá remitido definitivamente.

—¡Déjele que se vaya! —Intervino riendo Pablo—. Ya verá que no tarda en regresar.

—¡Cállese de una vez, maldito demente!

—replicó Luis—. Y tú, Alfonso, piensa con la cabeza. Nos echaremos a descansar y mañana decidiremos qué opción es la mejor.

Los dos amigos cenaron ligeramente, pues tanta tensión les había quitado el apetito; no así a Pablo, que en el otro extremo del refugio comía insaciablemente con toda tranquilidad, al tiempo que canturreaba entre dientes un popular corrido mexicano:

Con mi 30-30 me voy a marchar a engrosar las filas de la rebelión.

Si mi sangre piden, mi sangre les doy, por los explotados de nuestra nación.

A continuación, se recostaron sobre dos viejas literas con la intención de reposar, mientras, la calma se fue adueñando poco a poco del habitáculo.

Serían las cinco menos cuarto cuando Luis se despertó presa de una oscura intuición.

—¡Alfonso, Alfonso!

Se incorporó al tiempo que alumbraba el lecho de su amigo con una linterna. Pero ni Alfonso ni su mochila estaban allí.

—¡Pero qué insensatez ha cometido este hombre! —gritó, mientras se vestía con la intención de salir a su encuentro.

—¿Qué diablos está haciendo? —le interrogó Pablo desde su saco.

—¡Mi amigo ha desaparecido!

—No se preocupe. Ya verá como no tarda en regresar.

—¡Déjese ya de idioteces!! ¡Todo esto es culpa suya! Le juro que si no aparece...

Pero no tuvo tiempo de terminar la frase, cuando oyeron fuera los gritos de auxilio de Alfonso.

Luis salió al exterior, pero apenas acertaba a ver algo en medio de aquella gran tormenta de viento y nieve que parecía no tener fin. Minutos después consiguieron encontrarse por medio de la voz, y juntos alcanzaron a duras penas el interior del refugio.

—¿Qué le dije, amigo? ¡Yo regresaré a mi casa en cuanto me lo proponga! —enfaticó Pablo con voz burlona, refiriéndose al recién llegado—. ¿Qué es lo que tiene que decir ahora? —añadió, mientras emitía una sonora carcajada—. ¡Por todos los demonios! —concluyó—. ¡Hacía años que no me divertía tanto!

—Algún gracioso se ha dedicado a cambiar las balizas y no hacía más que andar en círculos. ¡Seguro que usted tiene algo que ver, maldito viejo!

—¡Ya tendrá tiempo de ir entendiendo! ¡Ya tendrá tiempo de ir entendiendo! —repitió el otro, mientras no dejaba de reírse de forma aparatosa—. ¡Que ya les tengo muy calaos! Ustedes son de los que subirían al Everest en romería, muy agarraditos a la cuerdecita, ¡ja, ja, ja!

—¡Tranquilízate! —ordenó Luis a su compañero—. Tomemos un café caliente y no caigamos en sus provocaciones. Te prometo que muy pronto estaremos lejos de aquí.

—Te aseguro que este viejo me saca de quicio
—le respondió Alfonso.

—¡Yo me quiero ir a mi casa! ¡Tendría que haberle hecho caso a mi mujer! ¡Pío!, ¡pío!, ¡pío!

—continuaba burlándose el veterano montañero, que no cesaba de reír de una manera grotesca y compulsiva.

Cerca del mediodía las condiciones meteorológicas parecían haber mejorado significativamente. No nevaba y el viento había remitido por completo; pero la gran cantidad de nieve acumulada dificultaba sobremanera cualquier posibilidad de emprender la marcha.

Estaban debatiendo la forma de organizar el regreso, cuando escucharon un zumbido en el exterior del refugio, que en pocos segundos se hizo ensordecedor. Salieron a comprobar de qué se trataba, y vieron un helicóptero tomando tierra muy cerca de donde ellos se encontraban.

—Ya lo ves —aseveró Luis—. Al fin salvados.

Tres hombres entraron en la cabaña, y mientras dos de ellos se dirigieron hacia Pablo, al que inmovilizaron poniéndole una camisa de fuerza, el tercero se acercó a los otros dos montañeros.

—¿No habrán tenido problemas? Se trata de un enfermo mental de un sanatorio cercano. Se escapa a menudo, y siempre viene aquí contando a quién se encuentra la historia de que todos somos personajes...

—de una creación literaria —concluyó aliviado Alfonso.

—Ya comprendo —sonrió el enfermero—. Pero no hay de que preocuparse en absoluto. Es totalmente inofensivo.

Una vez acomodados en el interior del aparato, Pablo se dirigió a los dos amigos con una seguridad que ciertamente asustaba:

—Despreocúpense. Antes de lo que imaginan regresaremos. Siempre es lo mismo. Solo será cuestión de minutos. Quizá ni eso —y comenzó a canturrear otro de esos corridos mexicanos que tanto exasperaban a Alfonso, mientras este le lanzaba una mirada de rabia contenida.

Tras encender el helicóptero sus motores, un mensaje llegó a la radio de la nave:

“¡Atención! ¡Atención! Base a H 222. Suspendan de inmediato la operación en curso y trasládense con urgencia al collado de San Roque.

Grave accidente de circulación. Numerosos heridos. Repito: Suspendan de inmediato la operación en curso y acudan sin demora al collado de San Roque”.

Ángel Menduïña Iribarren



Nació en Donostia-San Sebastián (Gipuzkoa) el 24 de septiembre de 1961. Ha escrito varios relatos de ficción infantil y juvenil entre los que destacan “El tren de los garbanzos” (2011), “Misterio en la vieja mansión” (2012) y “Muertos que alumbran. las historias de alba” (2020). Ha escrito, además, 16 relatos cortos para adultos, resultando finalista en esta modalidad en el XXII Certamen Literario El Filandón, convocado por El Diario de León (2007), con la obra “El túnel”, y en el I Certamen Literario Huellas Plus 55 (2017), convocado

por el Ayuntamiento de San Sebastián, con la obra “El mejor regalo”.

En poesía ha escrito siete cuadernos: “Tiempo de hielo” (1983-1989), con el que resultó ganador en el XX Certamen Literario Euskal Herriko Poetak (1990), convocado por Editorial El Paisaje, “Encuentros con el azar” (1990), “No te olvides” (1990-2010), “Rimando con tres heridas” (1990-2010), “Nanas para despertar” (2013-2016), “Todo se halla en el camino (2017) y cicatrices” (2018-2019). Ha resultado finalista en varios certámenes literarios, como en el Euskal Herriko Poetak, entre los años 1984-1987, Gemma 1986, y Ayuda 1987 y 1988. Ha colaborado en diversas antologías y revistas literarias.

Índice

La procesión	2
EL túnel	7
La transmutación	12
La casa	17
El hallazgo	26
La extraña señora.....	31
La fotografía	35
El refugio	38
Ángel Menduiña Iribarren	47



Título: ¿Qué está pasando?

Autor: Ángel Menduiña Iribarren.

Edición digital Hoja en blanco. Junio, 2024.

La presente obra fue aportada por el autor de manera voluntaria y gratuita a Hoja en Blanco con fines de difusión literaria. El autor conserva todos los derechos morales y patrimoniales sobre su trabajo. Esta edición está publicada bajo la siguiente licencia de uso *Creative Commons*:



Se permite copiar, descargar y compartir esta edición siempre y cuando se otorguen los créditos pertinentes. No pueden realizarse cambios de forma ni usarse con fines comerciales. La obra original no podrá ser reproducida en otro formato o edición sin la autorización previa y por escrito del autor.

Descarga gratis esta y otras obras en

www.hojaenblancoeditorial.com

